

Borracho estaba, pero me acuerdo  
**Memorias de Víctor Hugo**



**Víctor Hugo Viscarra**  
Felicita cartonera

felicita.  
paraguaya@  
gmail.com



<http://felicitacartoneranhembyense.blogspot.com>



## Cicatrices de la vida

Nací viejo.

Mi vida ha sido un tránsito brusco de la niñez a la vejez, sin términos medios.

No tuve tiempo para ser niño. Hay una pelota nuevita, guardada en algún rincón de mis recuerdos. Lo más lógico ha de ser que yo sea un verdadero niño cuando me llegue la vejez. Para ella, es cierto, uno tiene tiempo de sobra. Presumo que ha de ser a los cuarenta y nueve años, pues si llego a los cincuenta me suicido. Nacionalizo una pistola y me pego un tiro.

Hablar de mi niñez, si vamos a llamarla así, es muy fregado. Quiero olvidar ese período, pero es imposible. No tengo nada grato que recordar y los hombres que recuerdan con tristeza su infancia – no porque se les haya ido sino porque han sufrido mucho en ella- nunca más podrán ser felices. ¿Dónde andará, por qué caminos se extravió el niño que fui? Si es cierto ese de que en cada hombre hay un niño, el que habita en mi debe ser muy triste.

Vivíamos en un departamento de la calle Constitución. Mi madre atendía una pensión, famosa por sus caldos de cabeza de cordero. Como no había empleada que la aguantara, mi hermana y yo la ayudábamos. Dormíamos en una sola cama: las dos mujeres en la cabecera y yo a los pies. Apenas empezaba a clarear y el caserío de Challa-pampa emergía de entre las brumas, mi madre estiraba un pie con violencia y yo abría los ojos en el suelo. Mi hermana era la más perjudicada por ese sentimiento maternal, pues, como estaba a mano, despertaba con un pellizco. La pobre también ha de esconder la niña triste que tiene en el fondo. Si, como dice el refrán, “quien te quiere te hará llorar”, mi madre exageraba en sus demostraciones de cariño.

Me levantaba frotándome los ojos para quitarme los restos del sueño e iba a la cocina a llenar de kerosén los anafes y encenderlos para que hiervan las ollas del caldo de cabezas. Después de tomar el desayuno, barría la pensión y alistaba las bolsas y los canastos para ir al mercado. A mi madre le hacía algunas matufiaditas que me servían para comprar cualquier cachivache y distraer mis horas muertas. Esto lo hacía agregando uno o dos pesos al precio de lo que compraba. Ella

se encargaba de las cabezas, papas y condimentos; yo, las tripas, las cebollas y la canalera.

Los caldos que preparaba mi vieja eran muy recomendados. Como si el olor que despedían las ollas se paseara por la ciudad. Hasta los viejitos desahuciados venían con la esperanza de prolongar su vida con el buen caldo de cabezas.

Venía buena y mala gente. Por entonces mi madre ya estaba divorciada; a mi padrastro lo conquistó por el estómago. Aunque yo nunca disfruté con la comida, comprendo que para un hombre es importante que sepan acariciarle el estómago.

No me hago cortar el cabello al ras, muruk'ullu como se dice, porque tengo la cabeza llena de recuerdos de mi nombre. Guardo varias cicatrices gracias a sus palizas. Ella era muy nerviosa, padecía una especie de mal de rabia. Cualquier cosa la ponía furiosa, la sangre se le subía a la cabeza y ya no veía nada. Todo se nublaba y empezaba el huracán.

Acostumbraba a pegarnos con palo de escoba. Rompió varias escobas en mis espaldas y en las de mi hermana; si no quedamos inválidos, fue porque, dicen, los niños son muy resistentes a los golpes.

Al mismo tiempo era muy católica; asistía cumplidamente a misas, confesaba y comulgaba, pasaba prestes y fiestas, mientras que a mí, me mandaba los fines de semana al culto de los Testigos de Jehová, agarrando mi Biblia, mis revistas *Atalaya* y *Despertad*.

Todo esto fue decisivo para mi destino; por eso digo que no tengo nada grato que recordar de mi infancia. De lo único que le puedo agradecer a mi madre, si es que algo debo agradecerle, además de haberme dado la vida, son sus caldos succulentos, que sirvieron para resistir mejor sus palizas, al frío paceño y a los demás golpes que me dio la vida.

Una vez que me puse bravo y le contesté, se puso tan furiosa que me agarró como una cachascanista y me clavó y me clavó las uñas en la boca: de eso me queda una cicatriz. Otro día que rompí un cuaderno a mi hermana, todo porque no querían comprarme útiles igual que ella (aunque todavía no iba a la escuela), me hizo un tajo con un cuchillo en la muñeca: aquí pueden ver la cicatriz. Tantas cicatrices



## Víctor Hugo Viscarra

**Con cuatro libros de relatos y un diccionario del coba (lunfardo) boliviano, Viscarra terminó de construir un caso único de narrador etnográfico del margen paceño. Nació en La Paz en 1958, y murió en mayo de 2006, luego de más de tres décadas de vida nómada en las calles paceñas y cochabambinas. Publicó el diccionario “Coba. Lenguaje del hampa boliviano” (1981) y los libros de relatos “Relatos de Víctor Hugo” (1996), “Alcoholatum & otros drinks. Crónica para gatos y pelagatos” (2001), “Borracho estaba pero me acuerdo” (2003) y “Avisos necrológicos” (2005). Poco después de su muerte, se publicó “Ch’aquí fulero” (2007).**

Parece que lo que pasa-apaza, es que a los pobres, que no tenemos ni sarna para rascarnos, siempre nos ha tocado el lado amargo de la vida, tan amargo que cuando chupamos un limón nos parece chanaca dulce. Somos tan afortunados que todo lo bueno de la vida –maldiciones, hijoputeadas, k'encheríos, maleficios y demás vainas- fueron creadas solamente para nosotros. Y en este detalle les llevamos ventaja al resto de las personas, porque los pobrecitos son tan pobres que tan sólo tienen dinero, comodidades, comida y otras cosas más, con las que tienen que conformarse.

tengo, que prefiero ignorarlas para no amargarme. Quiero borrarlas con la indiferencia. Pero eso no es posible.

Una tarde saqué veinte pesos de la caja del mostrador (con ese dinero, se compraba cuatro botellas de cerveza) y me fui a pasear. Cuando volvía a la casa, a eso de las siete de la noche, mi vieja me llevó al dormitorio y allí me dio una paliza que no olvidaré por el resto de mi vida. Pienso que hice mal en haber levantado ese dinero, pero también que el castigo fue exagerado. Luego de amarrarme las manos a la espalda y tumbarme en el piso, me echó alcohol de quemar y me prendió fuego. De no haber sido por uno de los caseros que entró en el dormitorio y la contuvo, me hubiera quemado los pies y quien sabe si hasta la conciencia.

Una vez nos regalaron una cachorrita pastor alemán que se ganó el cariño de todos. Donde hay perros, al menos hay sonrisas de niños. La bautizamos Gitana y cuando creció se convirtió en nuestra defensora. Cuando mi madre se enojaba y quería pegarnos, Gitana intervenía mostrándole los dientes. Siempre que nos sentíamos amenazados mi hermana y yo, la llamábamos y la perra acudía inmediatamente. Gitana nos acompañó por más de medio año, hasta que se enfermó grave. Tuvimos que hacerla matar para que no sufriera.

También teníamos una lorita llamada Pastora. Era Parlanchina y el único nombre que repetía era el de don Arturo, un cliente que venía con sus hijos a la pensión a tomar caldos de cabeza de cordero. No se cansaba de repetir: “Arturito, trae la patita”, y se calmaba cuando don Arturo se le acercaba para rascarle la cabeza.

Por ese entonces, 1964, como era muy niño, no entendía lo que pasaba en política. Pero se me quedaron grabadas las imágenes que vimos al 4 de noviembre. De la fábrica Soligno bajaban camiones y camionetas llenas de trabajadores fabriles armados de fusiles y ametralladoras. Desde mi casa escuchábamos el tiroteo y el rugido de los aviones. Después vimos cómo los mismos vehículos retornaban cargando muertos y heridos, dejando huellas de sangre en las calles. En el corredor del segundo piso, el dueño de casa y sus amigos festejaban el triunfo del golpe de Estado bebiendo cerveza y tocando música.

Mi primera escuela fue la “Ismael Montes”, a pocos pasos de la plaza Churubamba. Era tan pobre, como casi todas las escuelas

fiscales. Los alumnos no tenían donde sentarse; para no sentarme en el suelo yo me llevé un banquito y una silla pequeña, que nunca recogí. De la “Ismael Montes” pasé a la Kennedy”. Una o dos veces a la semana venía mi padre a recogerme para llevarme a casa, en el camino me compraba llauchas, al tiempo que me preguntaba acerca de la vida que llevábamos yo y mi hermana. Era militar y muy buen agente, aún así se refrenaba para no plantarle dos tiros a mi madre por el trato que nos daba.

## Siempre sucede lo mismo

No es que me esté quejando ni mucho menos. Lo que pasa es que estoy con mis nervios hechos bolsa ante tanta macana que se me ha acumulado en el k'épi de mi conciencia, y no logro entender por qué siempre tiene que suceder lo mismo.

Se podría decir que estoy demasiado emputado con mi existencia. Cada día que pasa, ni bien le estoy pescando gustito al sueño, ¡zas!, un puntapié disfrazado de negro me recuerda que tengo que levantarme y seguir caminando sin tener a donde ir. Porque para miserables como yo, no existe el derecho de dormir nuestro cansancio encima de una tarima del pasaje Tumusla.

Estoy escapando como guanaco llevándome un bolsón ajeno, como alma perseguida por los hombres de negro, y no falta un comedido que me pone una zancadilla y ya nomás, el indio al suelo. Y a soportar la pateadura de las vendedoras del mercado que me tratan peor que al mal ladrón, cuando ellas deberían ser las que reciban esos puntapiés por la manera descarada con que roban a sus caseras en el precio y en el peso de sus verduras.

Estoy tomando a gusto mis tragullos en cualquiera de mis alcoholerías, chocho de la vida, hablando bien de los cuates y difamando al resto de la gente mientras fumo mis puchitos, y no falta un perejil que por hacerse el *machomein* quiera entrenarse conmigo, y como yo no le hago caso, ¡zas!, mi trago y yo al suelo, y ni a quién quejarse, porque si me quejo a la dueña del boliche o a la ley, *ker* la gallina.

En cualquier rinconcito me estoy apechugando con la que sabemos, que es más fregada que perra en celo, aprovechando la oscuridad para llauk'ararla y meter mi dedo, mi mano y parte de mi corazoncito en su cierta parte, y no flan aun vecino avinagrado, de esos que creen que el pecado original no estaba patentado, que viene a patentar la fiesta. Y la que ya sabemos tiene que escapar por un lado y yo por el otro, para evitar que la dizque Junta Vecinal nos haga felices a palo limpio, y uno se queda con las ganas de no haber probado ni un polvito siquiera.

alcohol, todas mis defensas se han evaporado, y por el momento no puedo reponerlas.

Ya se puede sentir el calor que por breves instantes me calienta las piernas y hace que una tenue sensación conforte mi alicaído cuerpo. Cuando la sensación desaparece, nuevamente el frío se apodera de mi ser, y regresa el temblor insensible que hace temblar mis sensibilidades.

Sé que me hace mucha falta beber el alcohol que torpemente he vaciado sobre el piso. Esa necesidad es tan fuerte, que me hace trastabillar mientras camino por las calles, vacías de gente pero no de autos, y hace que mi soledad se acreciente y pretendo desesperarme al saberme más solitario que nómada en el desierto.

Tengo que seguir caminando, porque caminar es lo más aconsejable en estos momentos; y mientras mis pasos me llevan a no sé dónde, una vez más regresa – ahora a mi rostro – la sensación que experimenté al mojarme los pantalones, y no logro comprender si es la lluvia que al caer sobre él se ha calentado, o si sencillamente estoy llorando.

## **Mi primer arresto**

Uno se cansa de muchas cosas. Especialmente de las palizas. A mis 12 años – en noviembre de 1970-, un día domingo me sentí cansado de soportar tanta paliza. Aproveché que mi madre se fue a un preste en compañía de mi padrastro para cambiarme la ropa con la intención de escapar y no volver. Una vez cambiado, no sé por qué me llamó la atención el cuadro de un santo que había colgado en la pared, al que siempre mi madre y mi padrastro le ponían velas y flores. Trepé hasta el cuadro y vi que atrás había dinero. Me lo metí en el bolsillo y salí a la calle. Fui al mercado Lanza a la casa de un compañero de curso, cuyo padre me había dicho que si tenía problemas, no vacilara en recurrir a él para que me eche una manito.

Allí me quedé dos días. La tarde de ese mismo domingo me atreví a invitar al padre de mi amigo unas cervezas. Era una manera de demostrar mi solvencia. La cerveza costaba 5 pesos y yo tenía 1.200, es decir, tenía para comprar 240 botellas de cerveza. Respiraba con emoción al aire de la libertad. Entraba al cine, matiné, tanda y noche, y comía hasta decir lo que se me antojara.

La jauja me duró seis días. Ya había hecho pampa el dinero y fue entonces que me encontré con un compadre de mi madre. A él y a su mujer, mi hermana y yo les decíamos “tíos” por cariño. Ese mi “tío” Carlos me habló de la necesidad de que vuelva a mi casa. Regateamos las condiciones y al final acepté, previo compromiso de que él evitaría que mi madre me torturase como era su costumbre.

Esa noche me recibieron con frialdad y, cosa rara, me mandaron a la cama y me dejaron dormir tranquilamente. Al día siguiente me levanté temprano y cuando me disponía a ir a la cocina a encender los anafes, mi madre me dijo que no lo hiciera. La empleada recién contratada se encargaba de eso. En cambio me pidió que me alistara para ir al mercado a ayudarla en sus compras.

Cuando volvimos del mercado, en la casa estaba esperando mi tío Carlos, mi padrastro, un joven de terno (después supe que era agente de la Dirección de Investigación Nacional) y el tío de mi padrastro que –como él- trabajaba como comisario del DIN.

Sonsacándome palabras, mi madre me hizo confesar dónde había estado los días que me perdí de casa. Anotaron la dirección y salimos juntos.

Fuimos a almorzar al Lido Grill y al terminar de comer mi madre me dijo: “Esta tarde vamos a acompañar a don José (mi padrastro) a las oficinas del DIN para que firme su tarjeta de asistencia”. Como entonces yo era un gil, les creí y fui con ellos. Allí me metieron en la oficina de menores y, tras pasar sus puertas, se acabó toda la amabilidad.

Entonces mi padrastro mostró su verdadero rostro. Como hacedor y deshacedor de vidas, ordenó que me sacaran la infundia, en otras palabras, que me sentaran la mano. Una vez que los agentes me trataron de tal manera, que yo no sabía a ciencia cierta quién era más sádico, si aquellos que me torturaban, o mi madre cuando estaba enojada.

Varias horas después, me metieron a la celda y el prójimo jilakata se compadeció al ver mi cuerpo hinchado y hecho un concilio ecuménico por la cantidad de cardenales. Otros presos lloraban maldiciendo a la mujer que habiéndome parido permitió que me trataran así. Mientras me friccionaban con alcohol, tres jóvenes me procuraron campito para que duerma esa noche entre ellos. Ese trío de muchachos eran los famosos Rompemotos. Mi familia ni se acordó de traerme por lo menos una frazada para protegerme del frío que hacía en las celdas.

Los verdaderos Rompemotos eran unos acróbatas argentinos que hacían maravillas con sus motocicletas, los que conocí en la Policía, eran tres jóvenes que robaban motos para venderlas por partes.

Recién al segundo día mi madre se acordó de traerme comida y una frazada vieja que en pocos minutos se llenó de piojos, y quien sabe si hasta de un poco de tristeza.

Estuve cinco días entre delincuentes y presos comunes. Un miércoles, cerca del mediodía, me sacaron de la celda y me llevaron a la oficina de Menores para ver a mi familia. Entonces me enteré que, a partir de ese día, iba a estar bajo la tutela de mi padre, y que los lazos que me unían a mi madre estaban rotos.

## Sobre llovido, llorado

Esta haciendo un frío de la gran siete, y mi cuerpo está temblado que da encanto. Aparte de que mis ropas están mojadas por la lluvia que cae como chorrera, mis tripas están aleteando porque por darles trago y más trago, me había olvidado de alimentarlas.

Mientras dormía tironeado en estas gradas, mi botella de trago se había vaciado, y como no hay como remplazarla, tengo que botarla por ahí, vacía no me sirve de nada. Justo ahora que me estoy muriendo de sed, no hay ni monedas en mis bolsillos.

Ya deben ser las seis de la tarde, se ve en el cielo pedazos de oscuridad, lo que me hace pensar que ya va a anochecer y habrá que ver qué es lo que hay que hacer para no estar *k'arapampeando*, y peor todavía, con hambre y sin alcohol.

No sé desde qué hora me habrá dormido, porque, mientras caminaba sin sentido, sentí que algo estaba cayendo de arriba, como estaba mula de borracho, creí que no era nada importante. Y había sido nomás importante, porque ahora tengo mis ropas completamente mojadas, y aparte de dificultarme el caminar, me está haciendo doler el estómago. Hasta me dan ganas de sentarme en cualquier rincón para vaciar mis tripas, y conste que ni me acuerdo cuántos días no he comido.

Hay cosas que no comprendo perfectamente, una de éstas es por qué siempre que tengo mis tripas mojadas y chorreando de agua, me dan ganas de desaguar. Pero, como esta calle está llena de gente (a pesar de que la lluvia no ha calmado), trato de pensar en cosas menos importantes, a sabiendas de que si no encuentro un lugar adecuado para vaciar la vejiga, por enésima vez tendré que dejar que mis aguas interiores mojen mis pantalones más de lo que están, y tenga que ir hasta el río para enjuagarlo con el agua exterior que por allí corre.

¡Y vaya que está haciendo frío! Siento como si mi cuerpo no fuese el mío y estoy temblando de tal manera, que tengo miedo de resfriarme. Si pasa eso sería una desgracia, porque me imagino que, débil y mal alimentado, voy a pasar las de Caín, ya que por la falta de

hacen hora mientras consiguen clientes o las que ya han ido a tirar y quieren echarse algunos tragos antes de irse a dormir; los ch'isos se buscan "el nervio duro de cada día", y algunos loquitos que pretender hacer reír con sus huevadas sólo por ganarse un trago.

Mi padrastro, don José Camacho, quiso hacerse el tipo otra vez. Cuando mi padre lo amenazó con seguirle un juicio por haber dispuesto mi arresto y posterior golpiza, se defendió diciendo que lo hizo porque yo le robé su dinero. Cuando mi padre supo que el monto era de 1.200 pesos, sobre la marcha sacó esa cantidad de su bolsillo y todavía le increpó a mi padrastro: "Y puedo darle otros 1.200 pesos a cambio de tener el gusto de verlo a usted en cárcel".

A la hora del almuerzo quedé en libertad y fui con mi padre hasta el Arsenal del Ejército, donde mi viejo era jefe de almacenes. Me quedé esperando que él charlara con su hija mayor para que me tenga en su casa mientras se arreglaba mi situación. Los oficiales que trabajaban en el Arsenales indignaron al saber lo que me había pasado. Me invitaron a almorzar en el casino de oficiales y me enseñaron algunas reglas de los juegos de naipes.

Por la tarde fui a casa de Arminda, la hija mayor de mi padre; allí me volvieron a friccionar para curarme los cardenales que me hacían gemir de dolor.

## **Por unos sucumbés**

Una tarde de esas, vísperas de la fiesta del barrio, fui con los muchachos del callejón a ver qué pasaba en el parque Riosinho, donde se celebrarían los actos centrales del festejo. Cuando menos lo esperábamos, estábamos todos los llok'allas frente a una ponchera

tomando unos sucumbés que, debido a nuestra falta de experiencia etílica, nos dejaron medio tundiquis en menos de lo que canta un gallo.

Sería media noche cuando llegué a mi casa. A la mañana siguiente me despertó el dolor de cabeza; paso a explicar la causa.

Tras lavarme la cara, fui a la cocina a tomar mi desayuno y noté cierta frialdad de mi madrastra. Como buen entenado, lo atribuí al estado calamitoso en que me había recogido. Terminando el desayuno, bajé al patio para saber de los chismes que mis amigos divulgaban sobre nuestro comportamiento de las vísperas. Allí me enteré que la causante de mi dolor de cabeza no era otra que mi madrastra, la cual, emulando a mi madre, me había golpeado con un palo de escoba y luego me había cerrado uno de los ojos de un sopapo. Sobre la marcha subí a mi casa y, sin darle tiempo a preparar una defensa formal, la increpé violentamente para golpearme cuando ni mi propio padre lo había hecho. Ella se hizo la ofendida y cuando la invité a que volviera a pegarme, de un puñetazo bien aplicado la mande a tierra, sin importarme para nada que fuera mujer.

Demás está decir que el único que perdió fui yo porque, cuando mi padre llegó de su trabajo se armó una discusión tan violenta, que tuve nomás que darle a elegir: la mujer que había traído de la cantina del Arsenal o el hijo que había recogido de la Policía. Mi madrastra se quedó y yo salí con la intención de no volver nunca más.

Mi primera noche en la calle la pasé caminando entre el callejón y las calles adyacentes, tratando de dormir acurrucado en el portal de la casa de un curita, nuestro vecino. No recuerdo qué hice al día siguiente. Como para entonces los que ocupaban el morro de tierra del callejón habían muerto, la segunda noche me animé a ir más allá de la avenida Buenos Aires y Max Paredes. Lo que iba conociendo a medida que caminaba por la zona, no había visto ni en mis más terribles pesadillas; me impresionó de tal manera, que tuve miedo de enloquecer.

Los lugares preferidos por estas mujeres son: La plaza Pérez Velasco, la Evaristo Valle, la Plaza San Sebastián, más conocida como Churubamba; la avenida América, la avenida Buenos Aires, la calle Tumusla, el cruce de Villa Copacabana y Villa San Antonio, la parada del Colectivo numero 2, en Tembladerani; la plaza Garita de Lima y el parquecito ubicado frente al Cementerio General. No hay que confundirse, estos son los tragúenos ambulantes y nada tiene que ver con las cantinas que funcionan entre cuatro paredes.

Las dos cantineras más destacadas entre más de cincuenta que salen a vender sus tragos cada noche serían doña Alicia y la mamá de la Yaque.

Doña Alicia era una mujerona que trabajó más de veinte años como k'ola barata en el putero de doña Carmen Rosa, ubicado en el ex callejón Condehuyo. La retiraron porque cierto día se peleó con la hija de la dueña, que también es flauta, y la dejaron cesante sin reconocerle los beneficios sociales que le correspondían por los años que pasó abriendo las piernas a los clientes. Desde el día de su jubilación obligatoria, empezó a vender sus tragos a los cañas, que no faltan por la avenida América, y de paso aprovecha para ir “un ratito a orinar” a la calle Figueroa, acompañada de un caña.

Con la ganancia que le da el trago, además de la que da su ganapán, doña Alicia vive más o menos decentemente y, según me contaba, añora a los tiempos en que los hombres le rogaban, y no como ahora que, los únicos que la solicitan son los cañas más desesperados. Ya está vieja y agotada. Incluso es abuela de no se cuántos nietos.

EL puesto de venta de la mamá de Yaque está ubicado en la calle Tiquina casi Evaristo Valle. Cada noche sale a vender tragos, y cuando entre sus clientes hay un chango más o menos bien, se le despierta la calentura y ya nomás lo hace chupar de la manga, a ver si después se la pasa por las armas en algún rincón oscuro. Es sabido que cuando uno está verga y el lok'alla molesto, cualquier agujero es bueno, aunque sea el de un carabinero.

Alrededor de estas ponchera que venden sus tragos en la calle, aparte de los parroquianos habituales o de aquellos que chupan solo los fines de semana, se juntan también humildes aparapitas, artilleros que tratan de manguear a quienes parecen estar con plata; las minas que

botellas de alcohol aguado y se reúnen hasta más de un centenar de artilleros.

### *El Avión y Las Linderas*

En Chijini, entre las cantinas más fregadas esta El Avión, donde generalmente no pasa casi nada. De vez en cuando le cortan la cara a algún cliente o un policia conchudo. Recuerdo que una noche, un teniente vino a fregar al local, fue tanta su prepotencia que no faltó un pendejo que lo puso en su lugar cortándole una de las mejillas.

Las Linderas es el punto de inspiración de algunos artistas y compositores como Pepe Betancurt y Diño Maído; tenía entre sus clientes a José Zapata, Carlos Palenque, Pepe Murillo, Ernesto Cavour, entre otros.

### *Las Cadenas*

A esta cantina de mala muerte iban los más machos y pendejos de Alto Chijini y EL Tejar. Como la clientela era de poco fiar, los dueños atornillaban los ceniceros a las mesas para que no sean nacionalizados. A falta de vasos, a los costados de las mesas hay pequeños jarritos de aluminio unidos por las asas a una cadena metálica clavada a la mesa.

Los tragos son servidos en pequeñas jarritas plásticas. Cuando entran clientes nuevos al local, el garzón, un cliente antiguo que gana sus pesos ayudando al dueño, lo primero que hace es limpiar con un trapo húmedo los bordes de los jarritos para mostrar que en Las Cadenas la higiene es lo primero.

Cuando Las Cadenas estaban en auge, los dueños abrieron una sucursal por el lado de Chamaco Chico, detrás del Cementerio General, para satisfacer a la clientela.

### *Las cantinas callejeras*

En la noches, muchas mujeres salen a las calles a vender a sus clientes habituales y a los que no lo son, los afamados té con tés que tanto ayudan a combatir el frío. Se ubican en las aceras de las calles concurridas, y soportando el frío, venden sus tragos hasta las seis o siete de la madrugada.

## **Frío en el alma**

Puedo decir que a los doce años me sumergí de cabeza en la noche. En sus oscuras entrañas aprendí muchas cosas, buenas y malas. La noche en La Paz es un laberinto que, al no tener principio, tampoco tiene fin, y uno puede perderse para siempre.

Aprendí a vagar sin extraviarme por la noche pacaña, pero debo aclarar que ha sido a costa de un sacrificio. Sea verano o primavera, lo peor es el frío, y por supuesto, la soledad; cuando uno no tiene compañía tampoco sabe dónde irá a descansar.

Parece que el frío se encarniza con los que nada tienen. A mí me hizo zapatearlas veces que quiso. El frío penetra hasta los huesos. Cuando uno cree que el cuerpo ya se ha adaptado a las inclemencias del tiempo, de pronto tiene la impresión de que los pulmones se le han congelado.

El frío es artero, sale como de un gigantesco refrigerador y lo envuelve entero. Peor en las noches de invierno. Ni siquiera en Charaña, supuestamente la población más fría de Bolivia, sentí tanto frío como en La Paz.

Si uno camina las calles, todos los atractivos que puede tener la ciudad pierden su encanto y hace que empiece a tener cierta animadversión hacia ellos. Uno se siente abandonado. La mala alimentación disminuye la resistencia al frío. Entonces es cuando uno anhela una cama, no importa que tenga frazadas viejas y llenas de pulgas. El chiste es que sea cama. Pero, además, uno siente hambre y sueño y le falta el amor a alguien, una amiga o una enamorada.

El andar por esas calles con frío adentro, hace que uno se sienta deprimido, un pobre miserable. Y como soy un tipo que vive de noche, el frío ha sido para mí una terrible experiencia, o un problema; depende de cómo se vean las cosas. Con qué ansiedad se desea que el sol aparezca. Sólo el sol de la mañana lo reanima a uno y le devuelve el optimismo. Hay momentos en que no se puede aguantar y dan ganas de meterse en la primera cantina que aparece en el camino. El peligro

que esto entraña es que uno termine como alcohólico consuetudinario o simplemente tirado en la calle, intoxicado.

El cuerpo se acostumbra a todo y así busca descansar de vez en cuando; creo que no hay peor vía crucis que el recorrido por quienes, no teniendo un lugar apropiado donde dormir, vagan sin pausa por las calles buscando qué sé yo qué cosas.

Hay noches que uno llega de la Ceja de El Alto y mira, casi sin inmutarse, el espectáculo que ofrece la ciudad tachonada de millares de focos encendidos. Parece que el cielo estrellado hubiese descendido a nuestras plantas y nos hace sentir dueños de la creación. Pero eso sólo es una mentira piadosa. La realidad es distinta. Así como observamos la luminosidad que se extiende a nuestros pies, cuesta aceptar que esa ciudad nos trate con la peor indiferencia, al extremo de hacernos sentir unos parias.

Cuando el frío arrecia, surge la pregunta: ¿Dónde ir a dormir esta noche? Ante la falta de una respuesta, uno no puede hacer menos que seguir caminando, mientras el amanecer parece que estuviera cada vez más lejano. Y cuando amanece, acaso el sol no salga y uno deba seguir caminando. No hay peor cosa que caminar sin tener un techo dónde descansar, especialmente si uno no ha podido pegar los ojos durante toda la noche. Y lo que es peor aun, en la noche que se avecina, tampoco habrá descanso para ese cuerpo que envejece prematuramente. Así, uno siente cómo se va acabando de a poquito nuestra existencia.

¿Y si la noche es lluviosa? ¿Y si no hay un callejón desértico donde uno pueda echarse un breve sueño para toda esta mojada? Ahí sí que la cosa se complica. El cuerpo pide descanso y uno no puede hacer menos que seguir caminando mientras la lluvia le moja y penetra a lo más íntimo, incluso amenazando ahogar nuestras esperanzas. Los pocos recovecos clandestinos que acogen al que tiembla, más por el abandono que por el frío, sólo sirven para hacer un breve paréntesis, mientras nuestros agobiados cuerpos, con su exiguo calor, secan nuestras ropas. La lluvia que cae nos lava la cara y nadie se da cuenta que los torrentes que riegan nuestras mejillas están alimentadas por las lágrimas.

### *El Abismo y La K'umu*

Ubicado en Munaypata, cerca del bosquecillo de Pura Pura, El Abismo es el lugar de reunión de todos los chojcheros del Rod Stewart y del Casanova Disco, los dos chojchos más famosos de la zona. También para todos los volteadores de Villa Victoria. La gran atracción de esta cantina es la hija del dueño, la Vicky.

Al lado de El Abismo esta el boliche de la K'umu, hermana de la Simona, donde venden los tragos más fuertes: alcohol y Samara. La única desventaja de estas dos cantinas es que cuando uno ya está caña, en vez de bajar por el camino que va al puente de Villa Victoria, puede resbalar por el barranco hasta la avenida. Eso me pasó una madrugada. Resbalé y aparecí tirado como sapo en la avenida que conduce a El Alto. Tuve la suerte de no caer bajo las ruedas de un auto.

### *El Volcán*

En la famosa Villa Balazos –donde se definió la Revolución del 52 en Villa Victoria- la única cantina que se hace respetar entre las demás es El Volcán. Es un lugar de cita para noctámbulos y choros de la zona. Sus tragos no son tan mortales como la dueña, quien mató a mi amigo Silvico. Ocurre que ambos vivían un romance apasionado, y la vieja, para tenerlo a su lado le mantenía el vicio. El Silvico andaba ebrio en forma permanente, hasta que una madrugada, tras una pelea, la dueña botó al Silvico como a perro, sin considerar que apenas vestía una polera. Apareció muerto de frío, a media cuadra de la cantina, acurrucado en el suelo en posición fetal.

### *El 222 y La Curva*

En tejar los boliches mas mentados son el 222 y La curva, donde los fines de semana uno puede ir a comer un chicharrón, echarse unos tragos, bailar con orquesta y recogerse llevándose uno o dos agujeritos a la casa o el alojamiento. Todo el sector delincuencial de la ciudad se da cita en estas cantinas, incluida la Policía. Sin embargo, el Tejar es famoso sobre todo por sus cantinas sin nombre, donde sirven

de gemelitas a la hija mayor, la Gladis, sin importarle que sea jorobaza, y con el tiempo tuvo nomás que casarse pese a ser fea con ganas.

La casa grande me trae grandes recuerdos porque fue la primera cantina donde bebí las 24 horas del día. Aquí batí mi record de borrachera con 19 días y 19 noches consecutivas. Despertaba para desayunar con alcohol y, si en esos días comía algo, no me acuerdo.

### *Las Cortinas*

Bajando a una cuadra de la Coloriana, esta Las Cortinas. Su dueño es Chanco, ex vizcacha del Barrio Chino, que se dio cuenta de que podía ganar más plata vendiendo trago que rebuscando con sus chivas. EL apodo le vino porque una vez lo encontramos en un basural completamente borracho y, como se pasa de gordo, parecía un chanco durmiendo. En esta cantina no se puede entrar con reloj, pues si el Chanco ve algún tipo con ese artefacto se acuerda de sus tiempos de vizcacha y olvida su honradez.

### *El callejón Tapia*

Ubicado en el callejón del mismo nombre, es el lugar de reunión de los artilleros de Tembladerani y la avenida Buenos Aires. Allí uno puede ver cómo el alcohol destruye hombres y mujeres. Hay tipos que ya tienen el rostro, las manos y los pies completamente hinchados. Aun sabiendo que se pueden morir si es que siguen tomando, no les interesa: siguen tomando.

El baño de este local siempre está ocupado si no es por gente que hace sus necesidades (no hay pero cosa que cuando un artillero entre a defecar al baño, deja todo hediondo, muy hediondo), es por las parejas que han entrado a “ponerse al día”. Los carabineros que patrullan la avenida Buenos Aires ocupan gran parte de su ronda en este local y uno puede ver como reciben su parte correspondiente de los robos que suceden allí.

Aquí es donde tuve mi bautizo de fuego en cuanto a trago se refiere, ya que cierta noche, al ver salir a algunos ebrios y observar que no temblaban, comprendí que con alcohol en el cuerpo, el frío nocturno es más llevadero. Entonces entré a tomar los primeros tragos fuertes de mi vida. Fue en agosto de 1974, tenía 16 años.

La lluvia es la peor enemiga de nuestros zapatos. Los moja, los remoja, los deforma y al final los pudre, sin importarle nuestros pies. Una persona marginada, jamás puede aspirar a comprarse zapatos nuevos. Eso está lejos de sus posibilidades y de sus sueños. Los que calza, pueden tener distintos orígenes: comprados en el barrio chino, robados a un borracho que dormía su borrachera en la calle, obsequiados por una persona que necesitaba hacer ese regalo para tranquilizar su conciencia, o tal vez son calzados que arrojados a la calle con la esperanza de quien los halle se lleve las enfermedades que tenía en los pies su original propietario.

Dicen que la noche suele ser propicia para que la gente salga a la calle a contar estrellas y que una legión de poetas encuentra inspiración en el flujo nocturno que desciende de las alturas. Yo conocí a alguien que durante una noche entera, se pasó intentando ver las estrellas, sin importarle para nada que la lluvia caiga a raudales. A la mañana siguiente fue recogido por agentes de Homicidios. El dictamen médico fue que había fallecido la tarde anterior por el abuso de bebidas alcohólicas.

Una de las maneras de combatir el frío es haciendo fogatas en los basurales. Desde chico soy aficionado a las fogatas, justamente por esa necesidad. Uno se vuelve experto en esto, al extremo de hacer arder cosas que no arden. Entre las cinco y las seis de la mañana es cuando el frío recrudece, pero vienen los carros basureros y se llevan la basura dejándonos sin combustibles. Entonces, el único lugar donde se puede espantar el frío es en la cantina. Las puertas de las cantinas son las únicas abiertas a esa hora. Creo que yo aprendí a beber más por necesidad que por vicio.

## Noches de ronda

Mi amigo Julio Villalobos me decía cierta tarde que envidiaba a mi libertad para pasear en la noche sin que nadie me pida explicaciones por mis actos. Yo sólo pude contestar que para “disfrutar” de esa libertad, había que pagar un precio que muy pocos se animaban a hacerlo.

Una noche –le contaba- estaba por la zona de Munaypata. Como sabía que no tenía dónde ir a descansar, empecé a caminar; pasé por Villa Victoria, la Estación Central, la zona norte, la avenida Tejada Soriano, la plaza Villarroel y la avenida de las Américas, hasta llegar a los prostíbulos de Chuquiaguillo, al final de Villa Fátima. A modo de hacer hora, entré al Redondo, a la Chawaya, al 111 y otros puteros más, para conversar con algunas amigas y ver si alguna me podía invitar unos tragos. Después, regresó a pie hasta la plaza Villarroel, bajé toda la avenida Busch hasta el parque Triangula; allí subí al estadio y por la avenida Simón Bolívar me fui hasta el obelisco, donde llegué a eso de las dos y media de la madrugada. Aún faltaban cuatro horas para que las puertas de San Francisco se abrieran y tenía todo el cuerpo cansado. A pesar de haber caminado más que el Judío Errante, debía seguir haciéndolo, para evitar que el frío castigara mi cuerpo mal abrigado y falto de alimento. En esos momentos, lo que más me antojaba era tomarme una taza caliente de café (aunque sea sin pan), pero desgraciadamente estaba sin un solo peso. El sueño quería cerrar mis ojos, estaba temblando y tenía que caminar todavía cuatro largas horas.

Realmente, para disfrutar mi libertad, había que pagar un precio y muy pocos, casi nadie, se animaría a hacerlo.

Cuando uno amanece caminando por las calles y recorriendo cantinas, a las seis y media de la mañana, puedo ir a dormir por unas tres horas a la catedral de San Francisco. Puedo escoger entre los seis bancos que hay en la nave central y que tiene la ventaja de no estar orientados hacia el altar. Uno le hecha una roncadita de tres horas, hasta las nueve y media. A esa hora viene Fray Condori, un viejito con su capa y su boina, a despertar a todos los cañas que duermen por ahí.

## Las cantinas y sus rincones

Las cantinas o tragúenos que frecuenta la muchachada, los bohemios, noctámbulos, artilleros (artistas) y marginados, están en zonas populares y no se parecen en nada a los bares donde va la llamada gente decente. En estas cantinas se ven batallas campales, robos, violaciones, pero también romances apasionados.

### *El Oriental*

En El Oriental se dan cita los k'olos del Prado y la Plaza Pérez Velasco. Funciona a puerta cerrada desde la media noche y aquí se puede comprar y fumar sobrecitos de base. No hay temor de que llegue la cana a fregar y eso que este boliche es conocido. Entre los clientes habituales está el Coco Suárez, declarado por los tribunales un “adicto crónico”. El Coquito asegura que cuando se muera los médicos se vana pelear por comprar sus pulmones. En ellos hay muestras de todas las drogas conocidas; desde el cristal y la base, hasta el hachís, el LSD, el peyote, los aitañes y la marihuana.

### *La Colorína*

Ubicada en la periferia de Chijini, es atendida por dos potomártires: La Colorína y la Chiqui (en realidad se llama Beto), además de la Pamela, la Angélica y la China Ojara. Vienen a ganarse el pan de cada día como meseras, aparte de esa otra cosa que las hace vivir. En este boliche los jóvenes se duermen, ya sea por inexperiencia o por no estar acostumbrados a los tragos cortos. Entonces corren el peligro de que alguna de estas chicas los hagan quedar hasta la madrugada y se los morfen sexualmente.

### *La Casa Blanca*

La Casa Blanca es la única cantina que atiende las 24 horas y de domingo a domingo. El único día que hay algo de comer es el lunes. Para evitar posibles males estomacales, los clientes le echan unos cuantos tragos. En esta cantina, desde la madre hasta las nietas son rastrilladoras. No faltó quien se cobró la venganza haciéndole un par

Arralde, cuyo consultorio médico atendía las 24 horas del día. Llevó a trabar relaciones con donantes, a los que pagaba una tarifa casi similar a la que pagan en los hospitales. Otros son el doctor Peredo, el doctor Rodrigo...

El dos de enero de 1976, día de mi cumpleaños, salí del Ejército de Salvación, sin un peso en el bolsillo, pero lo que me animé a visitar a la doctora Lucila para venderle medio litro de sangre. Cuando llegué, sin hacerme ningún chequeo médico, me mandó a que me echara sobre un sofá. Tras extraerme la sangre, me pagó ochenta pesos, que tan solo me servían para pasarla ese día. Era el jornal de un ayudante de pintor de brocha gorda.

Como a las diez empiezan a llegar turistas y los curas prefieren evitarles ese espectáculo. Que yo recuerde, jamás se han preguntado por qué tantos infelices vienen al templo a dormir sus tres horas reglamentarias. A veces el remedio es peor que la enfermedad, pues cuando nos sacan nos vamos a dormir en las gradas del convento. De ahí ya no nos pueden botar porque estamos en la vía pública y podemos torrar hasta el mediodía, sin importar que la gente nos mire. Si hace solcito, mejor, porque no hay nada más lindo para un torrontero que dormir bajo el sol después de haber tenido que soportar el frío de la noche.

## **Cholitas a calzón quitado**

En El Alto, a pocas cuadras de la Base Aérea, existe un local donde, cada fin de semana, turistas noctámbulos pueden apreciar un show demasiado original. En horas de la noche, varias cholitas made in Chukiago, bailan alegremente al compás de la cumbia, tabaco y ron, o Caballo viejo, en un escenario profusamente iluminado, se van despojando de su manta, sus chompas, blusa, pollera, mank´anchas y demás vainas, hasta quedar desnudas.

Ninguna de ellas es una chota disfrazada. Hasta el más gil se puede dar cuenta de que son cholitas netas. Y si uno queda impresionado por el cuerpito que se gasta una de ellas, lo que puede hacer es llamar a uno de los garzones y pedirle que invite a la cholita a la mesa solitaria.

Un amigo que trabaja como chofer en taxi service, me contaba que, cierta noche, un gringo se aficionó tanto de una de las cholas, que quería llevársela a Estados Unidos. Como la cholita era una pendeja, al gringo le limpió todo el dinero que llevaba y se perdió del local durante semanas hasta que la cosa pase al olvido.

De antemano, en este local, venden tragos finos; lo más barato es la cerveza. Aparte de las que bailan en el escenario, hay también cholitas que hacen compañía a los cañaverales y que cumplen la función de copetiñeras. Siempre están dispuestas a prolongar su compañía hasta uno de los cuartitos que hay en el patio.

### *La revista de Churubamba*

Cuando el Callejón Virrey de Condehuayo dejó de tener la fama que tenía en los 40, entre los años 70-75 aparecieron dos night clubs y una quinta. La quinta era la famosa "El Rancho". Los night clubs no eran otros que los mentadísimos El diamante Negro y El Caribe.

Generalmente eran los viernes cuando la gente se iba a El Rancho para echarle sus cervezas y los platos de comida que allí servían. Y como no podía ser de otra manera, había minas que hicieron furor entre los clientes. La más mentada era la Sara, quien llegó a

## **Los vampiros**

Se llama claneadores o bombeadores a las personas que por necesidades económicas o por mantener el vicio, venden su sangre. Muchos se han ido al cajón por exagerar. Conocí a uno que lo hacía cada quince días. En menos de un año se fue al cajón.

En La Paz hay cualquier cantidad de laboratorios y clínicas que se dedican a la compra y venta de sangre humana. Entre los que trabajan legalmente están: la Clínica Americana, el Hospital General, la Clínica Santa Fe, Hospital Obrero, la Clínica Aranda y el Instituto del Tórax. Pero también hay gente que se dedica a la compra de sangre en forma clandestina y la más famosa es una ex empleada del Hospital General, que, sin siquiera haber sido estudiante de medicina, la llaman la Doctora Lucila. Ha ganado tanto dinero que tiene una casa de tres pisos, y un automóvil esperando en la puerta con chofer contratado. Los donadores antiguos que la conocen desde que trabajaba en el hospital como empleada del laboratorio de sangre, cuentan que la despidieron al sorprenderla sacando sangre a donadores rechazados por tener macoplito bajo, es decir, aquellos que sufrían anemia. Tras ser despedida, empezó a llevar a todos esos donantes a su casa para sacarles el medio litro correspondiente de sangre.

Cada mañana se juntaban en su puerta hasta diez donantes, en su mayoría jóvenes, a los cuales les sacaba sangre pagándoles apenas un poco más de la mitad del precio que pagan las clínicas legalmente establecidas. La sangre que ella sacaba la vendía a clínicas y hospitales que no contaban con laboratorio propio (Hospital Juan XXIII, Clínica Tarnier, Clínica Urme, Clínica del Banco Central, etc). Las veces que necesitaba un donante de un grupo específico, se iba al alojamiento del Ejército de Salvación, para conseguir la persona requerida. El más buscado y cotizado por la vampiro Lucila era el Pato, con sangre del grupo A.

Otros vampiros clandestinos son el doctor Aguilar, quien acostumbraba a sacar sangre de los donantes casi anémicos para transfusiones a pacientes que sufrían de poliglobulina; el doctor

compran el alcohol la conocen y no la botan. La Conchuda no es de esas perras a las que hay que estar dando de comer. Ella solita consigue su alimento y es una más de las que logra sobrevivir gracias a lo que hay en los basurales.

convivir con jefes de la administración pública, puesto que era la más conocida de todas las que frecuentaban la quinta. Actualmente ella tiene un puesto de revistas en la plaza Churubamba, donde las alquila a quienes se entretienen leyendo historietas. Su hijo mayor ya anda por los veinticinco años y la Sara ha perdido todos los encantos que hicieron furor entre sus galanes. Un vientre abultado reemplaza la cinturita de hormiga que tanto gustaban estrechar quienes saborearon sus encantos.

Con el flete que cobra de las revistas, gana una suma más o menos aceptable. Como no puede olvidar las grandes farras de sus años mozos, los fines de semana, en compañía de sus amigas, la Sara va a los bares de la Pérez Velasco para tomar con los giles que se dejan engatusar. Lo que más le disgusta, al igual que a todas las mujeres, es que le recuerden su edad, y si uno así lo dice, ella pierde el dominio y lo insulta como si fuera su entenado. Francamente hay mucha diferencia entre la Sara que conocí cuando estaba y la que se sienta todo el día a fletar revistas.

Otra de las revistas es la Pocha, una mujer de corta estatura y de constitución delgada. Tiene dos hijos de edad escolar. Parece que se ha separado de su marido y que luego vivía con un chofer de taxi. Lo cierto es que, cuando le hacha sus tragos, pierde la cabeza fácilmente y es capaz de abrir sus piernas sobre la marcha.

A los puestos de la Sara y la Pocha llegan las minitas que se gana el pan de cada día en los bares, y posteriormente en los alojamientos del centro y que a manera de hacer hora, buscan algunas revistas.

## Amigos perros

Los perros son los únicos amigos fieles que tienen los nocheros. Estos animales. Estos animales andan tanto con los macheteros como con los choros y siempre sacan cara por ellos. Basta recordar al que acompaña a la loquita que vive en el parquecito de la avenida Armentia, o el que cada noche k´arapampea en el t´ojpi del parque Wallparrimachi en Villa La Victoria.

Había un pastor alemán, que cada noche acompañaba a su dueño a la cantina de la Zaida, y aunque parezca mentira, al perro le gustaba tomar sus traguitos que le servían en un plato de plástico. Al cerrarse la cantina, amo y perro salían completamente cañas.

Otros perros de confianza son los que cada noche vienen a los basurales a buscar comida, y que de tanto quemar cartones juntos, se hacen cuates y cada vez que alguien llega, mueven la cola como su uno fuera su dueño. En el basural del mercado Rodríguez tenía un cuate de cuatro patas que era caperuzo para hacer penar a las carniceras, ya que al rato menos pensado se llevaba por lo menos un quilito de pulpa que iba a comer detrás del baño del mercado.

Un requefeller del que guardo lindos recuerdos. Me gustaba agarrarlo de la espalda para hacerle dar vueltas; cuando lo soltaba, ni siquiera de cuatro patas se podía mantener firme. Varisa veces lo han querido envenenar, pero el Nerón se ha vuelto tan peine que parece saber cuales son los bocados envenenados que le ponen los de la Alcaldía.

EL Eloy, primo de mi amigo Guido, tenía un amigo canino que cada vez que lo veía borracho por las calles de Chijini, lo acompañaba al interior de las cantinas. Como el Eloy sabía que el perro lo iba a cuidar, aprovechaba para mandarse la parte, usaba relojes que valían el quivo y llevaba en los bolsillos cualquier cantidad de plata. Nunca le robaron nada, y lo más extraño era que el perro jamás aceptó vivir en su casa. Cada vez que lo querían meter, el perro escapaba y no volvía a aparecer hasta muy tarde en la noche, cuando iba a buscar comida al basural de Chijini.

Una madrugada en que estaba k´arapampeando en un aplaza, se me acercó un perro. El pobre animal tenía la quijada partida por la mitad; cuando le invité un pedazo de queso, él mascaba solo con las muelas de un lado, mientras que el otro lado le colgaba como bandera. Yo estaba tan cansado, que el sueño me rendía, así que me acomodé en el banco en que estaba sentado. Entonces el perro se colocó a mis espaldas y tras sentarse en sus patas traseras, empezó a mirar intensamente a los alrededores como si me cuidara para que nadie me robe los cuatro centavos que llevaba.

Muchas veces volvimos a encontrarnos y cada vez que el animal me miraba, se me acercaba moviéndome la cola tras acompañarme un rato, se marchaba nuevamente como si hubiese realizado tan sólo una visita de cortesía. Esa visita era tan violenta que no pasaba del saludo y unas cuantas palabras.

Por las noches casi todos los perros vagabundos de la ciudad se reúnen en los basurales que son algo así como un restaurante para ellos, ya que allí es donde se alimentan. He contado hasta treinta animales que buscan sustento en el basural de Chijini. Los hay de todas las razas conocidas y por conocer. De todos los tamaños y de todos los sexos.

Si una perra está en celo, triste es su vida porque todos los muchachos se la quieren desfilan. Si la perra no se deja, la muerden haciéndola entender que es mejor que se entregue por las buenas. En estos trances los que más aprovechan son los perros grandes porque a los petizos los hacen escapar a plan de mordiscos y tiene que estar mirando de lejitos.

Se ha dado el caso de que en medio de los basurales nacieron perritos. Cuando esto sucede, los beneficiados son p´ichiris de la Alcaldía, ya que a la perra la conquistan con un poco de comida y se la llevan a sus casas donde la tiene hasta que los perritos abren los ojos. Cuando esto acontece, botana palazos a la perra y a las crías las van a vender en el mercado Rodríguez.

Recién conocí a una perra de gran tamaño, a la que los artistas le habían puesto el nombre de Conchuda. Esta perra siempre está metida con ellos, incluso les acompaña a los lugares donde van a echarse sus tragos. Los dueños de las cantinas y de las tiendas donde